

MENCHU GUTIÉRREZ



El poema y la danza

UNA relación amorosa datada, desplegada en el tiempo en forma de cartas, comporta siempre un vértigo. Condensar veinte años de una historia de amor en un número limitado de páginas, nos obliga a reconstruir un puzzle en el que, de manera inevitable, nos faltarán demasiadas piezas.

Aún así, incluso si lo desconociéramos todo sobre sus protagonistas, nos sentiríamos conmovidos por la tristeza que acompaña al nacimiento y la decadencia de una pasión amorosa, la historia fascinante del descubrimiento mutuo.

La relación epistolar, como el álbum de fotos, que también permite asistir al veloz apagamiento de la edad en los cuerpos, ha pasado a ser una expresión anclada en el pasado. Sin embargo, el encuentro amoroso se transforma a través de la palabra, se dice de otra manera, y el lenguaje profundiza en el sentimiento que de alguna manera se agranda y completa en otra dimensión.

La relación epistolar entre el poeta Salvatore Quasimodo y la que fuera su compañera y esposa durante dos décadas, la bailarina y actriz Maria Cumani, contiene todos los tonos posibles de la relación amorosa, desde la incandescencia de las primeras cartas, la explosión de la inteligencia, la sorpresa permanente, a la ternura,

la amistad, cierta irónica condescendencia y un final que roza la frialdad. De las iniciales “Mi adorada”, “Mi amor” y las ardientes despedidas que firma como Virgilio o “Apolo a su Delfica”, a un “es mejor, por ahora, saludarnos desde lejos” y una última postal, sin encabezamiento o frase de despedida.

Sólo contamos con las cartas de una de las partes implicadas, la del poeta; una voz que se exalta, se prosterna, imparte lecciones, aprende, se enternece, se duele, se distancia, se acerca, añora, desea. La otra, permanece muda ante nosotros. Y, sin embargo, mientras avanzamos en su lectura, la personalidad de Cumani, cuyas respuestas desconocemos —o conocemos parcialmente porque son generadoras de nuevas comunicaciones— en las que de alguna forma se reflejan, se va haciendo más y más presente.

Esta relación epistolar tiene una cualidad que la distingue y la hace, a mi juicio, singularmente valiosa. No sólo para los amantes de la poesía del poeta italiano, que aquí se encarna, se hace presente en su dimensión humana; no sólo por la calidad de su prosa y muchos de los comentarios que en estas cartas se vierten sobre su forma de abordar la escritura de sus poemas y por su propia *vida de poeta*, sus votos con una especie de sacerdocio con la poesía. Lo más atractivo, a mi juicio, es sentir la personalidad invisible que está al otro lado de estas cartas, un espíritu libre, entregado también a su arte, que nos llega en forma de destellos, y que suscita multitud de reflexiones en torno a la relación que existe entre la poesía y la danza, un terreno muy poco explorado en el ensayo o en cualquier otro lenguaje.

En todos los comentarios de Quasimodo, sobre todo los iniciales, en los que se muestra más abierto a comprender la personalidad de Cumani, se descubre al poeta que analiza el ritmo de la voz con el que desea llegar al paso y a las evoluciones del cuerpo en el espacio. El poeta está enamorado de la armonía de sus gestos, observa sus miembros que han sido “alisados por el aire” de la danza. “Busco tu armonía y recurro a todo

lo ‘humano’ e ‘inhumano’ para acercarte al fondo de la sensibilidad adolorida y feliz.” El poeta se maravilla ante la inteligencia crítica de ella y va de su mano hasta “el centro de la creación poética”. “Tú posees —le escribe— el ritmo interno de las palabras, de la música; y esta ‘riqueza’, tan sólo ésta, te da la posibilidad de conquistar el gesto necesario, el movimiento único, insustituible, que es el reflejo (en el sentido preciso de reflejar una imagen) de esa ‘medida’ del alma.”

Quasimodo, lector atento, comparte la profunda idea de Valéry, según la cual la metáfora estaría más cerca del movimiento que de la imagen, sería más expresión de una presencia que de una forma. Y se diría que el poeta creó también metáforas a partir del cuerpo en movimiento de Cumani; la música que ella danza produce una conexión entre su alma y el mundo.

“Pero quería hacerte oír un sonido que, espero, te sea querido por siempre”, escribe Quasimodo en una de sus cartas. Un sonido con el que deseaba tentar “los pies de oro” de ella.

Diríamos que la relación amorosa terminó en un lugar, pero nunca lo hizo en otro: en el espacio compartido por el poema y la danza. Porque ese “por siempre” finalmente roto, pervive en estas cartas, que una vez leídas, devuelven al comienzo, y tienen una secuela también inagotable en la obra del poeta.

Abril 2021